AÑO XXVII. — Nº 1327.

EL DIA

MONTEVIDEO, JUNIO 22 DE 1958.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



PLAZUELA DE AGRACIADA, RONDEAU Y LA PAZ

En el nomenclator urbano debe estar registrado, sin duda, el de esta plazuela bella y amplia, alivio de la vista, por su enjardinado, en el macizo de recia edificación circundante. Pero ese nombre, si existe, se le conoce apenas, y por eso aspira la colonia española a que, por la circunstancia, además, de estar allí instalado el monumento donado, homenaje al Centenario del Uruguay, se le designe con el nombre de Rafael de Riego.

(Fotografía Juan Caruso).

EL OTRO PUERTO: CARRASCO



Parte central del edificio del Aeropuerto Nacional de Carrasco.

AQUI todo lo ocupa la ansiedad, que se prende del cielo lejano. Por él ha de aparecer, de pronto, el acerado barco aéreo, que no pudieron soñar nuestros abuelos cuando hicieron la lenta y larga travesía por la soledad conmovedora del océano, en cuyas noches, los peces fosforecían entre las aguas rumorosas. En este océano insondable, invertido hacia arriba, son las estrellas las que fosforecen como peces alucinantes, en la calma nocturna.

La nostalgia, que se inclina en la borda del barco, no encuentra lugar en este puerto novísimo. No hay, tampoco, vetustas casuchas a desnivel, marginando esta zona portuaria; ni bares abigarrados, ni cantos ruidosos, ni marineros ebrios, ni denso aire de brea y salitre.

Los muros que le demarcan holgadamente, son el bosque de pinos del Parque Franklin Delano Roosevelt, los Bañados de Carrasco, la Ruta 102, la Ruta 101. Un bosque, unos bañados, dos carreteras: extraños límites para un puerto, en verdad.

Pasando el Parque, cuyos árboles innumerables se estrechan, señalando sus prietos índices casualmente hacia arriba, un verde mar parejo de pastos rasantes, se extiende, para dar cabida a la perspectiva del Aeropuerto. Es la ansiedad, sí, la que hace aquí el clima; todo lo toca, todo lo envuelve ella; aún a esas chilcas, aún a esos yuyos que alfombran la topografía toda, entre la zigzagueante policromía de los autos que pasan o se detienen por aquí y por allá.

En el amplio escenario, dominado por el cielo transparente, se delinea pronto el edificio que, por particular circunstancia, está orientado en la actitud de dos alas que se disponen a remontar el vuelo...

Aquí es el tiempo, no el hombre, lo que da la medida de todas las cosas.

*

Cuando llegó a nuestra costa el terco y silencioso Fernando de Magallanes, habían transcurrido cuatro meses desde el día en que partiera de su puerto de Sevilla. Tres años transcurrirían para el inusitado recorrido total.

A lo largo de ese lapso, erizado de misterio y de angustia, mientras aparecían a los ojos azorados, cielos, islas, mares, continentes, también era el tiempo lo que iba dando la medida, alucinante y dramática, de todas las cosas.

De aquel cúter endeble, cruzado de cuerdas, maderas y velas, que oscilaba como un péndulo sobre el pretil de un abismo; de aquella carabela de juguetería, que iba por las aguas, a este Super Constellation de hoy, que va por el cielo; que se aguarda, que está por llegar, proveniente de Hamburgo... cuatro siglos se han detenido, cuatro siglos "nos miran", "nos contemplan", más que en el simbolismo napoleónico de las pirámides, en la realidad del tiempo sobrecogedor!

*

Nuestro Aeropuerto empezó a entrar en funciones, como es sabido, hace unos diez años, con la jurisdicción del Ministerio de Defensa Nacional. El Ejército, que tuvo a su cargo esta obra, es guardia y seguridad de ella, cuyo aeródromo utiliza para sus necesidades de entrenamiento, estando junto a él la Base Aérea Nº 1. Su dirección, en la parte administrativa, depende de la Dirección de Aeronáutica Civil; en la parte técnica, está subordinada a la Comisión del Aeropuerto Nacional. Las excelentes pistas, fueron estudiadas por la Dirección de Vialidad. El edificio, que data de unos cinco años, fue proyectado por el arquitecto general D. Alfredo R. Campos. De catorce a veinte aviones, entran y salen diariamente por él.

Imposible soslayar tales referencias, mientras penetramos en esta especie de estación del cielo, cuya inmediación se anima por momentos, en la tarde radiante, entre el vaivén de los que salen ya del edificio, como paseantes tranquilos, y los que llegan como viajeros presurosos, en las dos corrientes de distinta expresión y contenido que se cruzan aquí: la placidez de ver y la ansiedad de llegar.

El rumor asordinado de centenares de personas que entran y salen animadamente, se aprieta en el ámbito del hall de entrada, que tiene no se sabe qué del atrio de un templo. El templo de un dios de última hora, vehemente y sensual?

Por aquí todos pasan, se cruzan apretujados, impulsados, conminados algunos no se sabe por qué.

Hacia la derecha se enfilan las vistosas dependencias de las distintas compañías de aeronavegación universal, cuyos nombres dispares tienen un encanto de urgencia y cielos desconocidos, disponiendo, juntando, escalonando a lo lejos, muy lejos, torres, chimeneas, tejados y cúpulas... "Scandinavian", "Air France", "K. L. M.", "Pan



Los autos, no los barcos, son los que están anclados a este puerto.



La inquietud por llegar apresura el descenso.



¿Quién puede negar que esta señorita atempera el posible nerviosismo de volar?

American", "B.O.A.C.", "Alitalia", "Iberia", "Real Aerovías", "L.A.N.", Transcontinental"... Cielos distintos, tierras distintas, gentes distintas y el mismo hombre, inquieto o sedentario, afanoso o triste, bueno o cruel, tanto en la Torre Eiffel como en la cuenca del Amazonas!

Hacia la izquierda, junto a la "Aduana", flanqueando la amplia "Sala de Embarque", el Uruguay ha colocado el busto de Santos Dumont, que "abrió los inmensurables caminos del espacio, a la inquietud andariega del hombre".

*

Desde la terraza, en el primer piso, totalmente ocupada por una concurrencia vestida de domingo, que se mueve, que busca ubicación o que ya la tiene y se queda; todas las miradas van hacia el confín lejanísimo, ávidas, casi infantiles.

Y de pronto aparece él, el esperado avión, como un insecto brillante enredado en el hilo del horizonte. Se agranda por instantes, y luego adquiere dimensiones felices. Toma dirección, traza una curva, maniobra aún.

Su rugido de bello monstruo escapado de la mitología, penetra ya, y se siente a los pocos minutos, frente a nosotros, el remolino de aire estremecido que sus hélices provocan.

El remolino da ahora en la cara de todo el apretujado contingente de espectadores, apostados en la terraza.

Han terminado su diálogo de ruta, el vigía de la Torre y el piloto que llega. Nadie ha oído sus palabras, que sólo conocen los botones, agujas y llaves, que están en la cabina, y esos hilos que están en la azotea, a nuestra espalda, dispuestos con algo del juego de un niño.

La geografía, en realidad, está en esa garita de cristal, ceñida como un ramillete en un puño cerrado.

*

Se ha echado, finalmente, a descansar el avión.

Tiéndese ahora la escalerilla.

Descienden apresurados, sonrientes, con las manos en alto algunos, buscando con la mirada, otros; otros, indiferentes, los pasajeros. Oyense por instantes palabras extrañas, palabras algunas de ellas, poco ubicables, en verdad; pero sin duda pertenecientes al idioma universal de la efusión, de la alegría de llegar, de la ansiedad de saber, que se escriben y se pronuncian con los mismos signos y los mismos acentos, en todas partes del mundo: el abrazo, el palmoteo, el beso, la turbia lágrima, tal vez, o la simple indiferencia de quien a nadie espera o de quien consigue reprimir sus emociones. Entre aquel señor, entre aquella señora, desciende en la fila, esa grácil y espigada camarera uniformada, con su sombrerito inclinado, tranquila en su leve sonrisa, muy dueña de sí en la rutina del oficio... ¿Quién, viéndola a ella descender así, podrá temer viajar por el aire?

Mas luego de unos minutos, que tan rápido pasan, ¿veinte, treinta?, en que se ha reabastecido el combustible, revisado, ajustado esto y aquello, retornan los pasajeros, los más; retoman el sendero de la escalerilla; van subiendo entre algún saludo, alguna palabra o en el simple silencio, seguidos por la mirada de todos.

Vuelve a retumbar el motor, giran las hélices, todo está listo ya: se va a levantar la escalerilla... ¡Ah!, qué impulso ciego de marchar con él por el cielo inmenso... ¿hacia dónde?

Enrique Ricardo GARET

(Especial para EL DIA)



Algo así como una guardia de honor al avión que llega.



Reabastecimiento y cargo del avión próximo a partir nuevamente.



Nuevamente la partida por los caminos del espacio.







LECCION BIEN DADA Y MEJOR RECIBIDA

LA Pulpería del Bajo vibra de ruido y gente. Se está en víspera de una gran penca, allí jugarán sus prestigios tres parejeros famosos y su plata tres hacendados ricos. El galpón de la Pulpería del Bajo está lleno de recados, y en el potrero de la misma pastan caballos de variadas marcas y pelajes. Juan Britos, dueño del comercio, hará un brillante negocio en los tres días que durará la fiesta; su casa esta colmada de huéspedes tendrá que llenar mucho estómago y apagar mucha sed —y no de agua precisamente—. Hay dos negras amasando permanentemente, y el cuerpo de sus empleados ha sido reforzado con tres paisanitos del pago.

A las seis de la tarde se produce un revuelo en la clientela de Britos. Por el corredor viene el estanciero don Rufino Patrón. A su lado cabalga Cartucho, corredor de fama. Pasan de largo por la pulpería y se dirigen a un galpón pequeño donde está el Malacara, caballo de dicho hacendado, que piloteará dicho corredor. El parejero ha llegado el día anterior y está custodiado y vigilado por dos peones y su vareador, el negro Tortuga. Don Rufino y Cartucho se apean.

—¿Qué tal, Tortuga?

—Anoche pasó sosegao, hoy temprano le di un floreo. Tá celoso de boca y con las patas más livianas que mariposas. Mañana cruza la sentencia primero, patrón...

Don Rufino corta con aspereza al negro:

—¿Quién es usté pa decir sucedidos que entodavía no se han dao? Ya le tengo repetido a usté, y a muchos, que coserse la jareta a veces es lo mejor que pué hacer el hombre!



Era, el estanciero, persona de hablar espaciado y grave, con voz de bajo profundo. Se había hecho una firme fama de severo, recto, de austero criterio y recto juicio. Ante él había que abrir la boca con mucho tino, y soltar las palabras bien pesadas y medidas. No perdonaba un desliz y lo decía en voz alta, chispeándole los ojos —que los llevaba escondidos en una borrasca de pestañas y cejas— y enchuzando la pera que la usaba como breva de tuna.

Con Cartucho enderezó a la pulpería. Al entrar fue saludado ruidosamente por todos.

—Tengo su cuarto pronto, don Rufino —habló Britos— lo mismo que el de Cartucho. ¿Quieren pasar?

—Dispués. Arreglanos una mesita y servinos dos refrescos.

Se sentaron, pues, los recién llegados. Unos truqueadores continuaron su juego, lo mismo que otros que rodeaban un billar cuyas bolas más que correr saltaban como chivos por sobre los sietes que la mesa ostentaba; y en dos o tres ruedas de chupadores se siguió estirando el comentario sobre el próximo acontecimiento. En un rincón del comercio, sentado sobre un cajón petiso, estaba Noriega, por mal nombre Pirincho, mulato de verbo fácil y filoso, algo poeta y borrachín del todo; uno de esos que va a las fiestas como aquel zorro que se agazapó tras un viejo que estaba pescando y cada mojarra que metía en una bolsa —para después encarnar espineles— pasaba al buche del coludo quien, luego, en reunión de familia dijo: —Hoy tuve pescando sin anzuelo lo que con anzuelo pescaba un viejo.

El vocerío zumbaba como mosquero espeso. En una de esas, sobre ese bullir de bordonas, se alzaron estas palabras:

—También si el tostao pierde mañana no sé lo que va a ser del portugués Almeida...

Y ya se levantaron éstas, que pronunció el rubio Valerio Lima:

—Si el caballo del portugués pierde la penca la pionada cái ética del todo porque les va a suspender hasta el agua. Es tan roñoso ese viviente que cada vez que cuerea una vaca pasan dos días sin comer, él y su gente, no por la vaca sino por anivelar la pérdida con algo.

Impresionante sonó la voz del estanciero Patrón:

—¿Y quién es usté pa dar esa sentencia? ¿Quién le ha dao autoridá y mando pa levantar lo que tal vez sea un falso? ¿Cuando vivió usté mesturao con la familia de Almeida pa dar ese parte que ha dao? ¡Siempre he dicho, y digo, aunque me parece que ha sido al ñudo, que la boca no es puerta, e'chiquero; es tranquera ande debe pasar lo más elegido y cuidao que se tenga!

El rubio cerró el pico, que fue lo más cuerdo que pudo hacer, pues don Patrón tenía mentas de guapo y medio y no aguantaba ni la segunda pulga. Al mulato Pirincho le vinieron ganas de intervenir en favor de Valerio. Ya había escuchado más de una vez aquellas ríspidas catilinarias de don Rufino, y en lo íntimo se había rebelado contra ellas. Pero contuvo el ímpetu; su nivel de vasos todavía no había llegado a la raya. Se limitó a pensar: —A ese viejo entroducido y mandón un día le comienzo a cantar las cuarenta y pué que llegue a las ciento cincuenta...

*

Corrióse al otro día la penca. Perdieron el tostado de Almeida y el malacara de Patrón. El vocerío que se levantó sobre los trillos fue fantástico.

En la pulpería de Britos entra, sombrío. don Rufino Patrón. El pulpero le acomoda una mesa y le sirve un refresco. Hay allí un gran grupo que integran muchos de los que ganaron al tordillo de Soto, que fue el vencedor de la justa. Entre ellos, está Pirincho, quien había comenzado temprano su ronda de vasos, iniciándola en el carperío de las carreras. Entra el rubio Valerio haciendo sonar ruidosamente las lloronas. El mulato le gritó:

—Hermano Valerio, no vayas a pasar por la estancia del portugués porque te echan los perros. De ésta, don Almeida proclama luto a las panzas por diez días, allí no se va a vivir más que con saliva...

Sonó, como el mugido de un toro, la voz de don Rufino:

—¿Y quién es usté, mulato atrevido, pa decretar lutos y salivas en casa de naide?

Pirincho estaba en su máximo nivel líquido. Se abrió paso por entre sus aparceros y se acercó a la mesa de Patrón. Y le contestó:

—¿Y usté quién es pa poner reparo en lo que estoy diciendo? ¿Di ande me conoce, quién nos presentó y cuando, quién le vendió mi marca pa venir a ponerle freno a mi boca?

—¿Y quién sos vos pa hacerme esas preguntas y esas averiguaciones tan sin crin ni cola?

—¿Y quién es usté pa decirme vos? ¿Cuándo le vendí pasteles, ande le cebé mate o le descalcé las botas?

Don Rufino, con la carrera perdida estaba caliente; con ésto del mulato ardió del todo. Púsose de pie, tiró la mesa patas arriba revoleó el poncho. Sus ojos eran dos candelas y su pera el lomo de un erizo. Pero Pirincho siguió impávido frente a él. Se observaron un instante, ambos corrieron sus cintos. El mulato continuó su discurso:

—¿Por qué no me respeta? Yo tengo dos manos y dos patas, como usté, y en ellas veinte dedos. Usté tiene cien mil patacones y yo na más que diez. Usté tiene casa grande y rodeos más grandes entodavía, caballos de estampa, un parejero de mentas, y un Cartucho—que no dio juego— que mamao le perdió la carrera. Yo no tengo nada de eso y por eso camino más liviano. Usté tiene una mujer que le grita y le rezonga, y a veces lo cocina y lo sancocha, y dos hijos que le abijean la plata. Yo tengo como diez chinas en lo largo de los corredores, que lavan y planchan mis mulambos, y más de veinte gurises que changan pa mí. ¿Quién es más hombre? ¿Por qué usté, que tanto soba con eso de la boca y de las tranqueras y que sé yo, no cose la suya con tiento en vez de venir a faltarme el respeto, a mí que no se lo he faltao. metiéndose en conversaciones que no son suyas y en bailes ande no le han dao dentre? ¿Quién es más gente, vo o usté?

Se hizo un dramático silencio después de esto. Suspensos estaban todos los corazones. El estanciero y el mulato se miraban profunda e intensamente. Hasta que, con extraña calma, don Rufino alzó la mesa, la acomodó, y se sentó junto a ella. Y dijo:

—A ver, Britos, servime; pero no grosella, tráime una ginebra doble, y serví al mulato ese y a sus aparceros lo que quieran; me ha dao una güena lección.

Pirincho enterneció el gesto, serenó sus ojos. Se arrimó al estanciero:

—Y yo —le habló— la he recebido aura don Patrón: déjeme que le pague su ginebra, que al fin y al cabo de las patas de su malacara ha salido la plata que pa ella tengo.

José MONEGAL.

(Especial para EL DIA).

Dibujo del autor.

Amor y poesía en

"Las mil noches y una noche"

ENTRE el Africa y el Asia occidental, un cuadrilátero de tierra interpone sus tres millones de kilómetros cuadrados. El Mar Rojo, el Océano Indico y el Golfo Pérsico marginan la "Arabia feliz"; pero al oeste del Tigris y del Eufrates, la "Arabia desierta" acuesta entre mesetas ríspidas y arenas candentes su desolada geografía. Hace siglos un núcleo semita habitó en ellas, y movido por el impulso de un ideal religioso, el islamismo, difundió por Oriente y Occidente los ámbitos de su imperio espiritual y político. Y el cuadrado de tierra fue el sustento fundamental de una civilización prodigiosa, de cuyas huellas perdurables se nutre todavía el pensamiento occidental. Un hombre y un libro —Mahoma y el Corán— fueron los agentes de esa profunda revolución espiritual, que sacó a un pueblo, o mejor, a un conglomerado de pueblos, de su oscura ignorancia y su dispersión tribal, unificándolos con el denominador de una fe común, fanática y ardiente, y dándoles por primera vez un sentimiento nacional.

Individualistas, indisciplinados y errantes, hermana a los árabes su creencia monoteísta; y la divinidad suma y una, Allah, concentra para su devoción las primitivas y plurales idolatrías. Un dios y una conciencia, pues, son factores de equilibrio como para que un grupo humano, tomándolos por punto de partida, intente la aventura de su crecimiento. Los árabes, a medida que se desplazó el mundo conocido, adquirieron de los pueblos conquistados los elementos esenciales, y flexibles y ágiles, adaptaron a su temperamento las culturas que descubrían. Y la doctrina persa de Zoroastro, y el concepto del cristianismo y la ciencia griega, en Siria, y en Egipto la mística neoplatónica, y las especulaciones críticas de los hebreos de España, y el dogma del budismo en Asia Central, y las matemáticas y la filosofía de la India, les revelaron aspectos inéditos de la órbita intelectual, ampliándoles planos insospechados de conocimiento. Y si en la ciencia fueron auténticos investigadores, en el arte crearon un estilo característico inconfundible, que guarda a través de siglos el mejor mensaje de su fuerte personalidad.

Pero fue la poesía, en ellos, el verdadero don supremo, al punto de darles la fisonomía de un pueblo que cantó como ningún otro sobre la tierra. En Arabia la poesía se albergó en los palacios suntuosos y en la choza del pescador; relampagueó entre las oraciones de los derviches o crepitó en los besos de los enamorados; se empinó como una columna grácil en las soledades del desierto; se refugió en las tiendas de los bandoleros. Mendigos o príncipes la tuvieron por bien inapreciable. Su más remota tradición nos la muestra como nacida al vaivén de las caravanas, cuyo largo ritmo monótono mimaba con su voz el camellero oscuro para acompañarse en las travesías interminables. Ya desde la segunda mitad del siglo VI el nombre de los autores se conserva. Dos siglos de poesía oral habían preparado la dignidad y el prestigio de la inspiración poética; y todo coadyuva a proclamar el poderío de imaginación y ensueño, en individuos capacitados de tal suerte para la aventura lírica. Paralelamente, los relatos históricos y la prosa científica, fueron acrecentando su acervo; y hacia la segunda mitad del siglo X nacen los primeros bosquejos de narraciones traducidas del persa y del hindú, punto de partida de ese libro o conjunto de libros donde el alma árabe perduraría en su cabal expresión y que conocemos bajo el nombre genérico de "Las Mil Noches y Una Noche", para decirlo de la manera cara al Dr. Mardrus, el taumaturgo afable que rescató para nosotros el disperso tesoro de esos cuentos fabulosos.

Desacierto fuera imaginar que se trata de un conjunto de lecturas amenas y placenteras. Por lo contrario, son inesperadas y fuertes. Son terribles y dulces, feroces y plenas de gentileza, lúbricas y líricas. Los sentimientos del hombre se muestran en sus matices extremos; y una fe maravillosa abona el terreno espiritual para que en él lo imposible sea posible; íntimamente preformados para lo sobrenatural, no es raro que haya florecido el milagro; y acaso lo más singular que ofrecen a nuestros ojos de occidentales, es esa vecindad de lo maravilloso, la accesibilidad y cercanía del prodigio. Una imaginación deslumbradora, una fantasía calenturienta, prevalecen.

La posición de amantes con que los árabes enfrentan la existencia, influyó en buena parte en la predilección que tuvieron por la vida fastuosa, la gran pompa, la riqueza del escenario. "Las Mil Noches y Una Noche" enceguecen con el rutilar de los tesoros incalculables, las gemas preciosas, las perlas, los mármoles, los tapices, los materiales ricos, los manjares rebuscados, la suntuosidad de los ropajes. Son opulentos en la dádiva, desmedidos en la generosidad. En individuos solícitos al reclamo de la grandeza bajo todas sus formas, la del valor heroico no podía darse sino de manera absoluta. Diríase que tenían un registro infinito para atesorar calidades anímicas llevadas hasta la máxima exaltación.

En el amor, naturalmente, la desmesura crea una fiebre espiritual que se nutre a sí misma de su propio delirio. *"Cuando permití que el amor penetrase en mi morada, se enojó conmigo el sueño y me abandonó"* —dice un enamorado—. *"¡Vida del hombre! ¡Qué valdrías si no relampaguease la sonrisa en labios de la amada!"* —dice otro ser anónimo que en medio de la noche canta la embriaguez de su corazón.

El sentimiento inmemorial, el eterno juego de dolor y sonrisa, se les da con tal intensidad, que son capaces de morir al mismo tiempo —como Alí Ben-Bekar y Schamsenahar— cuando la distancia pone entre ellos una divisoria insalvable. Por el amor arrostran todos los peligros, luchan con las dificultades de los hombres y de la naturaleza, de la realidad y del misterio. Se aventuran en el enigma, prefieren morir a traicionar. Así entendida la existencia, de tal modo identificado en ellos el fervor amoroso con la lealtad y la conciencia, no es extraño que el amor tenga prioridad en cuanto a sentimiento determinante dentro de la esfera afectiva. Un visir prudente explica así el secreto de su autodominio: *"Jamás dejo que mis pasiones lleguen al umbral de mi voluntad"*. Pero esto, en "Las Mil Noches y Una Noche", es excepción; lo frecuente, es que ellas atraviesen el umbral e invadan la casa entera. El Dr. Mardrus dice entregarnos estas historias "en su frescor de carne y de roca". Y ellas son liberales e inocentes, con la terrible potencia de su desnudez. "Entienden poco de malicia las huríes". Añade Mardrus que "la literatura árabe ignora totalmente ese producto odioso de la vejez espiritual: la intención pornográfica". Efectivamente, en su erotismo sano y fuerte, no hay nada perverso, sino la salud y espontaneidad pasional de una raza joven, que suma el sensualismo al ideal; en ella la carne y el ensueño van de la mano.

Y si en todos sus sentimientos son intensos, en el amor extreman el caudal emotivo. El enamorado que sufre es capaz de llorar *"hasta mojar la tierra"*. El reencuentro con el ser querido los anonada. Y cuando todo bien se ha perdido, se refugian en los sueños, porque *"los sueños son la única dicha que les queda a los infortunados"*. Aun que prediquen la paciencia y la serenidad, se dejan arrastrar por la prisa del corazón; pero estiman que sin un destino apasionado, de nada vale el tránsito del hombre por la vida: *"Abandono este jardín llevando en mi corazón, como el tulipán sangriento, la herida del amor. / ¡Desgraciado el que sale del jardín del mundo sin llevar ninguna flor en la orla de su traje!"*.

Esa riqueza sensible en que abunda, da la tónica de la capacidad sentimental del pueblo árabe. Este se define por el amor. De él deriva una aptitud del hombre para ser fiel hasta la abnegación y la muerte. Y el sentimiento amoroso prevalece sobre todos los otros, porque el don del amor es alfa y omega de la trayectoria íntima. Convencidos de ello, afirman: *"Cuando no existía nada, el amor existía; y cuando nada quede, quedará el amor. Es el primero y el último"*.

Toda una mística amorosa de profunda raíz poética, se edifica sobre esta manera de sentir la existencia. Esta se embellece con el rapto lírico, y casi podríamos afirmar que todos los aspectos de la vida se transcriben en verso. Hasta los efrits se transfiguran en poetas para describir la belleza: *"¡Oh su cabellera, señora mía! ¡Es tan oscura que resulta más negra que la separación de los amigos! ¡Y cuando se reparte en tres trenzas que descienden hasta sus pies, creo ver tres noches a un tiempo!"*. Saben describir bellamente, poéticamente: *"Ahí corrían los arroyos como niños risueños, al pie de las rosas, que hacían rimar con ellas sus capullos"*. Hay un verdadero refinamiento conceptual, en esa idea de la flor rimando con el curso del arroyo. La fineza expresiva parece llegar a lo impalpable, en estas palabras que Rosa-en-el-Cáliz dirige a su enamorado: *"Devuélvele de parte nuestra un saludo delicioso y perfumado, porque no sabemos a dónde nos llevará la suerte esta noche... Vendrá la noche, y un pájaro oculto en los ramajes anunciará con sus endechas perfumadas la noticia de nuestro triste destino!"*. Suavidad, nostalgia, delicadeza. El espíritu se adelgaza en su vigilante ejercicio de jerarquizar la contemplación de la vida. Y el anciano jardinero hospitalario dice a Kamaralzamán estas palabras profundas de comprensión y experiencia: *"Tengo cariño a este jardín y a este arroyo, ¡oh hijo mío! y al murmurador follaje, y a este sol, y a esta tierra materna en que mi sombra se alarga en libertad y se conoce a sí misma, y a su luna, que de noche me sonríe entre los árboles hasta la mañana. ¡Todo esto habla conmigo!"*. ... ...



Miniatura de Paul Zenker para "Historia de Alí Ben Bekar, y la bella Scham Sennabar".

La poderosa intuición lírica de "Las Mil Noches y Una Noche" se evidencia en los nombres hermosos de los protagonistas, de los ríos, de las comarcas. El Palacio de las Maravillas, el Jardín de las Delicias, el Mar de las Perlas... El aura poética que las envuelve mantiene su embrujo a través de siglos, y entrar bajo su fronda aromática y sonora es revivir la época en que los milagros formaban parte de la vida cotidiana.

En este dispar conjunto de relatos breves y maliciosos, o de largas historias intrincadas, o de narraciones sabrosas o didácticas, desfilan reyes justicieros y clementes, magníficos, sensatos y generosos; esclavas de belleza soberana, dotadas para la música y el canto, de inteligencia cultivada; príncipes leales, valientes y enamorados, en los que siempre alientan sentimientos sublimes. Las aventuras se entretejen de coincidencias candorosas, de estratagemas ingenuas, de artificios cuyas simpleza está a la vista, y no menos eficaces por cándidos. Y siempre lo lejano, lo ambiguo, lo evanescente, guiando al espíritu en su travesía por las tierras del prodigio. Y los amantes son siempre jóvenes, siempre perfectos y "bellos como lunas"; la emoción se enseñorea de los individuos, que ríen hasta caer en tierra o se lamentan a gritos, desgarrándose las vestiduras. El reconocer una voz amada los desmaya; una impresión fuerte puede matarlos. Esta facundia sentimental explica la riquísima veta de poesía y seducción que "Las Mil Noches y Una Noche" albergan a lo largo de sus páginas, y fundamenta la secular atracción de su leyenda.

El fulgor de las pedrerías, los coros irreales, los cortejos bizarros de esclavos estatuarios, la majestad y el lujo de los califas, los secretos de los harenes, los cerrojos que se abren con palabras; puertas sobre las que pesa la interdicción; generosidades deslumbradoras y cóleras desmedidas; repentinos perdones; exaltación imaginativa que se traduce en un chisporroteo de metáforas; hombres y animales y genios que se metamorfosean a capricho; países y mares imposibles de hallar en ninguna geografía; magos crueles y magos bondadosos; palacios de belleza inaudita que se edifican en una sola noche, configuran los elementos de un tapiz fabuloso, que tiene toda la fascinación de lo remoto, generador de ese adjetivo *miliunanochesco* que se ha seguido usando para definir todo aquello cuyos contornos evadan la realidad inmediata y rebasen los límites de la explicación humana. El almizcle y la mirra, el cinamomo y el sándalo, con el prestigio exótico de los aromas rituales, embalsaman el arcano recinto de estos cuentos árabes.

Ya no hay alfombras mágicas ni caballos voladores —reemplazados por aviones ultrarrápidos y apoéticos—. El tiempo, ese "alfanje afilado", como ellos decían, ha segado la posibilidad del milagro, aunque no ha podido arrebatar a "Las Mil Noches y Una Noche" su juventud perenne. Han pasado siglos sobre estas narraciones de las noches de la "Arabia feliz". Y es saludable volver alguna vez a ellas, para reencontrar en su frescura intacta, la vigencia del sueño y su perdurable utopía.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Una de las numerosas estatuas funerarias que aún se ven a lo largo de la vía Apia. Con su perdido rostro, dorada por el sol, cercada de silencios, su presencia es una nota de sugestión y de misterio. (Fotog. del autor).



Terracina. El pasaje abierto por Trajano. De arriba a abajo se ven de 10 en 10 grandes números romanos grabados en lápidas; los números que van hasta el CXX indican, en pies romanos, la profundidad del tajo que separó el Pesco Montano del mar.

LA VIA APIA

RECORRER la vía Apia en sus primeros kilómetros de extensión es sin duda una de las emociones más intensas a que pueda someterse la sensibilidad de un espíritu humano que en algo haya cultivado la historia o la poesía o la religión. Tal vez no tenga el mundo otro monumento que reuna en sí tanta carga de verdad y de leyenda.

La vía Apia, la calzada romana de más nombradía entre todas las que cruzaban el Imperio, fue llamada por los antiguos "*regina viarum*", nombre merecidísimo por el esplendor de los monumentos que la bordeaban, por el cuidado que en su conservación y eficiencia ponían los gobiernos y sobre todo por su larga permanencia en la historia y en el mito tanto de la Roma pagana como de la Roma cristiana.

Su constructor fue Claudio Apio (llamado el Ciego por haber así quedado al final de su vida) quien tendió la célebre calzada desde Roma hasta Capua (hoy Santa María Capua Vétere) en el año 312 a.C. Sus primeros cien kilómetros es una recta que llega hasta Terracina; antes de este punto y por una extensión de 28 kilómetros, atraviesa, sobre un terraplén construído exprofeso, pantanos y cenagales del Agro Pontino.

En Terracina el monte Pesco Montano impedía continuar la calzada junto al mar, por ello la vía Apia debía, en difícil y escarpada subida, salvar la montaña (*saltus ad Lautulas*) era este lugar un punto importante para la defensa del Lazio de los ataques que llegaban de la Campania. Trajano, a principios del siglo II de nuestra era, rectificó la calzada abriendo un pasaje entre el mar y el monte debiendo para ello cortar este último con un tajo de casi 40 metros de alto.

De Capua, hasta donde la había extendido Claudio Apio, la vía Apia fue continuada hacia el 190 a.C. hasta la ciudad de Bríndisi sobre el Adriático, atravesando así la península desde Roma hasta el Sur. Con esta prolongación la vía Apia absorbió casi todo el tráfico entre la capital del Imperio, la Grecia y el Oriente. Dos altas columnas de 19 metros de altura (una de ellas todavía en pie) fueron levantadas en Bríndisi para señalar el término de la vía Apia.

A lo largo de esta calzada, como era de orden en todas las del Imperio, se construyeron estaciones para relevo de posta y descanso de pasajeros; algunas de éstas como Aricia, Terracina, Fundi, Formia, subsisten hoy día desarrolladas como centros urbanos.

Horacio en su sátira V del Libro I (Viaje a Bríndisi) nos cuenta el recorrido que hiciera de la vía Apia en el año 37 (?) a.C. con la noble compañía de Mecenas, Virgilio, Vario y otros, acompañando al primero de ellos en su misión de paz entre Augusto y Antonio. Nada más sugestivo que este recorrido de la "regina viarum" con la refinada compañía del gran poeta latino; quien haya visto, en el mismo punto que lo refiere Horacio, huir el día y avanzar la noche en la tangible verdad de la vía Apia bajo la tangible poesía de los profundos cielos de Italia no puede menos que sentir con especial eco la voz del mismo Horacio diciendo: "Ya la noche introducía sus sombras en la tierra y en el cielo esparcía sus constelaciones" (*"Iam nox inducere terris umbras et caelo diffundere signa parabat"*).

Es interesante el detalle de que el poeta salva el trozo de la vía Apia que atraviesa el Agro Pontino no por la calzada, sino navegando a lo largo de la misma; esto solía hacerse porque resultaba más cómodo para el viajero el muelle balanceo de la embarcación que no el fatigante rodar del coche.

La vía Apia, como hemos dicho, fue el camino directo de Roma con Oriente; por ella subía a la capital del mundo toda la riqueza, los productos industriales, los tapices, los esmaltes que salidos del Asia y del Africa iban a aumentar el esplendor y bienestar de la Urbe. Por ella también llegaron a Roma todas las corrientes filosóficas y religiosas que fermentaban en Grecia y el Oriente; así llegó el cristianismo desde sus centros de Jerusalén y Antioquía a la capital del Imperio para luego, desde allí, realizar su gran revolución moral.

El valor militar de la vía Apia no le iba en zaga al valor comercial y cultural. Así vemos en época de Septimio Severo establecer un campamento militar próximo a Albano para asiento de la Legión II Pártica con el fin de defender Roma desde el Sur.

La caída del Imperio, su división en Estados que guerreaban entre sí, las correrías de los bárbaros, fueron borrando muchos trozos de la vía Apia; los monumentos que ornaban su recorrido cayeron en ruinas. Y se sucedieron siglos de silencio y desolación. Con el advenimiento del Renacimiento la vía Apia vuelve a la luz de la historia, de la mitología, de la leyenda, de la religión. El primero que nos deja un documento de valor real sobre ella es Rafael que en una carta al Papa León X le llama la atención sobre la necesidad de excavar



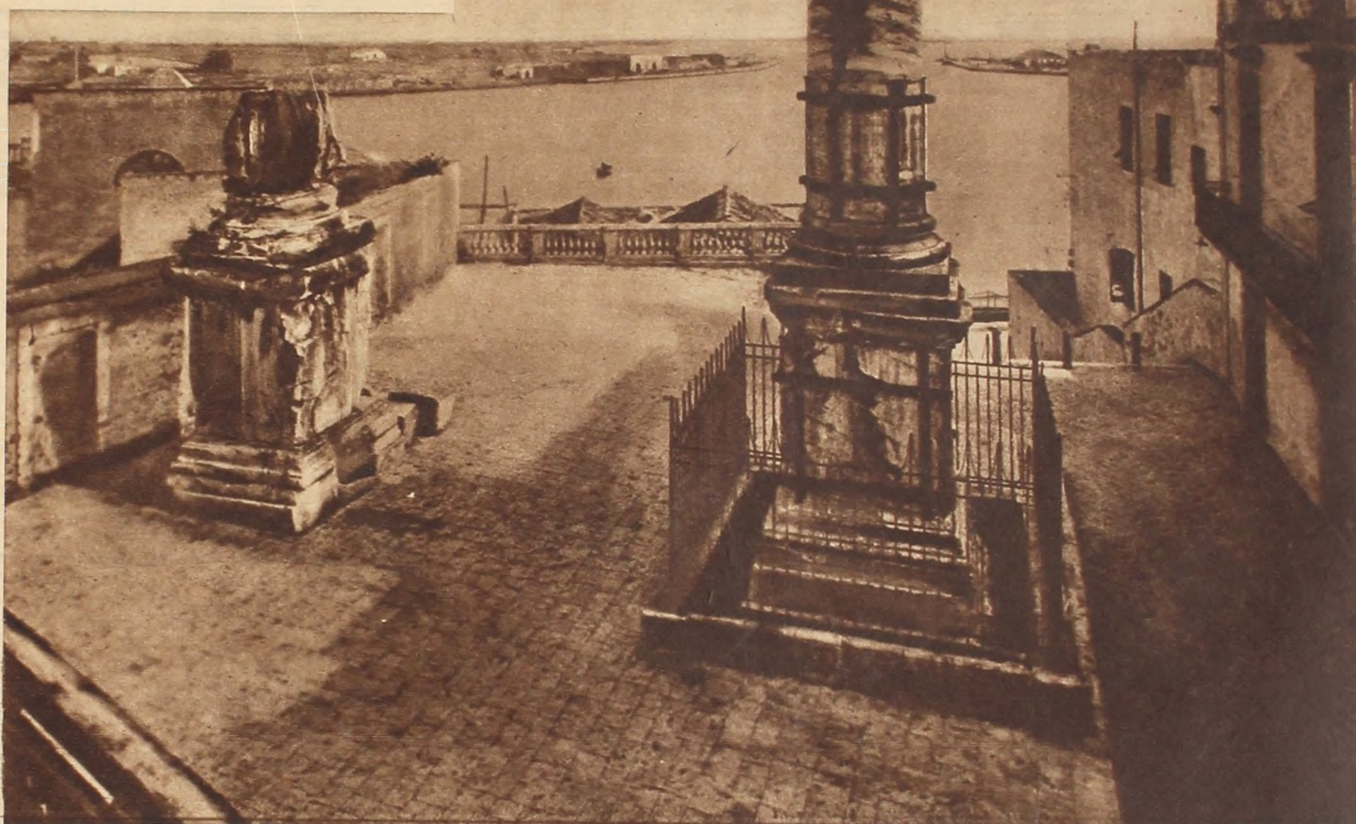
Puente entre Montesarchio y Benevento. Es una de las numerosas obras construídas por los romanos para salvar los obstáculos que se oponían al tendido de la vía Apia.



Uno de los más antiguos entre los sepulcros que se conservan a la vera de la Apia. Según la tradición sería la tumba de uno de los Curiacios. Con su marco de pinos y cipreses es uno de los punto más bellos de la antigua vía. (Fot. del autor).

sistemáticamente sus monumentos y de velar por la conservación de los mismos; pero lamentablemente obra práctica no se realiza hasta principios del siglo XIX, la cual se efectúa por el celo del Canina y del Canova; fue este último el primero en ordenar en su calidad de Inspector de Bellas Artes de los Estados Pontificios que las obras de arte encontradas en la vía Apia se conservasen *"in situ"*.

La descripción de los monumentos que se encuentran en su recorrido, llenaría muchos volúmenes. Digamos de paso que, además de las villas y obras públicas que se hallan a su vera, la gran mayoría de los monumentos son sepulcros; como las leyes religiosas y civiles de los romanos prohibían levantar sepulturas dentro de los límites urbanos, aquellas, lógicamente, se alineaban a lo largo de las calzadas que salían de las ciudades y consecuentemente la mayor densidad de monumentos fúnebres se encontraba próxima al centro habitado. Para que el lector pueda tener una idea de los monumentos cuyos vestigios aún se pueden admirar a lo largo de la vía Apia mencionaremos algunos de ellos: La tumba de Cecilia Metella cuyo perfil ha sido siempre preferido para ilustrar las vistas de la Apia; es una majestuosa construcción cilíndrica revestida de travertino y que tiene veinte metros de diámetro; en el siglo XIII se le convirtió en castillo y de entonces datan las almenas que coronan la construcción. El circo de Majencio levantado por este emperador y dedicado a su hijo Rómulo, mide 482 metros de largo por ochenta de ancho; estuvo suntuosamente decorado con estatuas y obeliscos. La villa de los Quintili, lujosa residencia suburbana; las ruinas de los edificios que la componían cubren inmensa extensión de terreno; la villa tenía un propio acueducto para alimentar sus ninfeos y su terma; poseía un pequeño anfiteatro, grandes cisternas para conservar agua y numerosas dependencias destinadas a habitación. Las catacumbas de San Calixto, las catacumbas hebreas y las de San Sebastián; monumentos estos de profunda sugestión con sus kilómetros y kilómetros de galerías abiertas, no para refugio de los adictos al cristianismo o al judaísmo, sino para servir de cementerio de los fieles de esas religiones.



Brindisi. Columnas terminales de la vía Apia frente al Adriático. La columna que se alzaba a la izquierda, derrumbada por un terremoto en 1528, fue llevada a la ciudad de Lecce donde se conserva en una de sus plazas.



Catacumba de San Sebastián. Bóveda decorada con finos estucos. En este lugar o en sus proximidades debió, según algunos arqueólogos —fuertemente contradecidos por otros— guardarse por algún tiempo las cenizas de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Ultimamente las catacumbas de San Sebastián han cobrado gran relieve por su conexión, a través del culto de San Pedro, con las excavaciones efectuadas debajo de la basílica del Santo en el Vaticano; excavaciones y culto que a través de trabajos, investigaciones y polémicas han empeñado lo más granado de los estudiosos de arqueología de todos los países: Lemerle, Von Gerkan, Carcopino, Toynbee, Ruysscahert, Cecchelli, Peterson, etc.

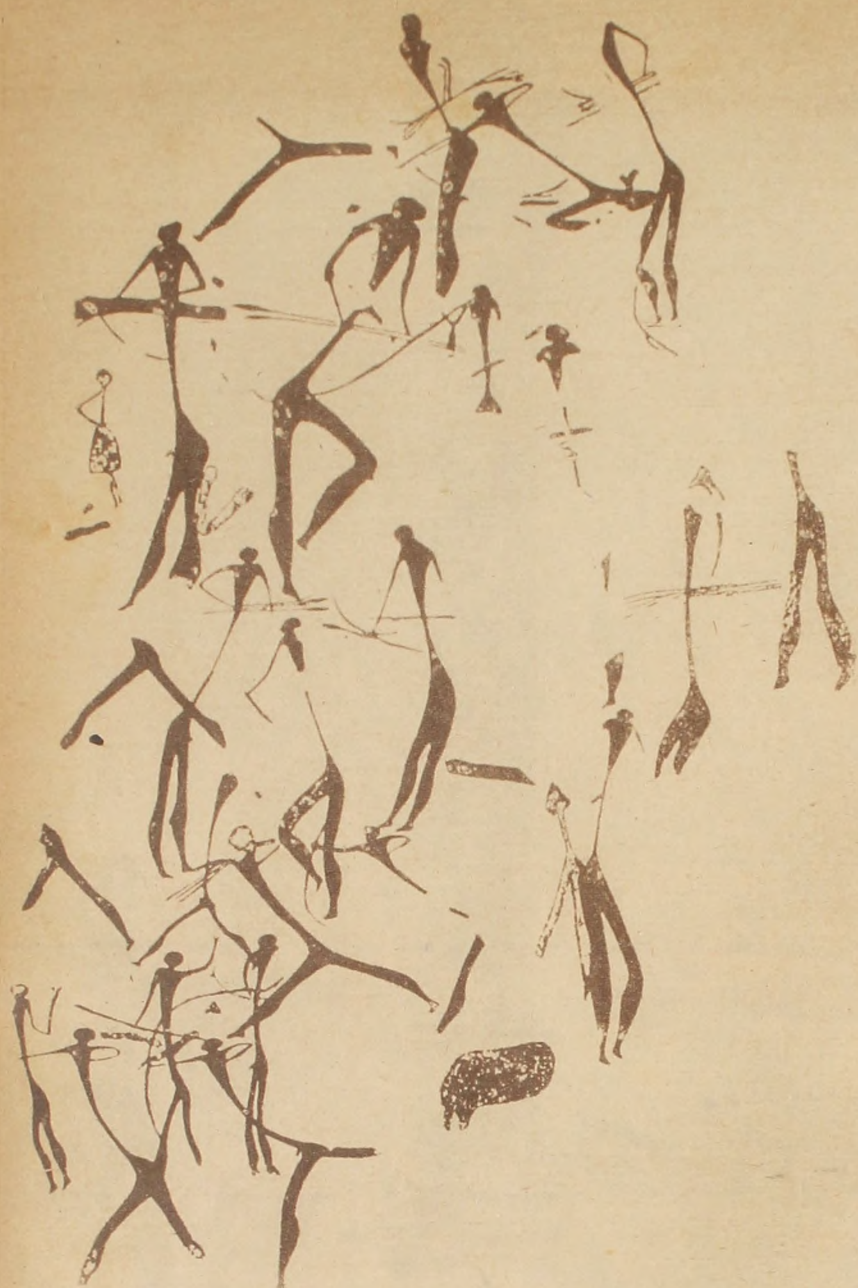
Valga como un índice de posibles capítulos estas consideraciones y dejen ellas como una calzada de ilimitado recorrido la posibilidad de ir siempre más lejos.

Crecida ya la noche sobre la Apia, bajo los altos pinos y los encaramados astros, mientras Horacio prosigue hacia el Sur y la Grecia, nosotros ganamos el corazón latente, acogedor y seguro de la Roma eterna.

Luis BAUSERO.

(Especial para EL DIA).

TIERRA y SANGRE



Grupo de arqueros. Cueva del Civil. (Castellón de la Plana).

RECIENTE excursión por la prehistoria bajo el signo literario, nos ha permitido asombrarnos una vez más ante las posibilidades recreativas del hombre de todos los tiempos, incluso del que podríamos llamar prehombre en el escenario rupestre. ¿Realidad o fantasía? Luz sensitiva sembrada por la divinidad en el cerebro del hombre o lento evolucionar de siglos, qué importa, lo evidente es que el hombre primitivo fue capaz de enfrentarse con la realidad y transformarla en fantasía. Mas, ¿qué es la realidad y qué es la fantasía? La fantasía es tan real como la realidad de las cosas exteriores que vibran en nuestro navegar luminoso. De cómo se forma esa luz de la navegante ilusión es ciencia que ignora la cosmografía. Acaso la poética nos acerca algo a ese secreto. O la filosofía, en su tarea de hacer más hondo el misterio, y acercando cada vez más los términos mediatos: "El mundo es sólo el conjunto de las cosas que podemos ir viendo unas tras otras. Las que ahora no vemos sirven de fondo a las que vemos, pero luego serán aquéllas las que tengamos delante, inmediatas, patentes, dadas. Y si cada una es sólo fragmento y el mundo es no más que su colección o montón, quiere decirse que, a su vez, el mundo entero, el conjunto de lo que nos es dado y que por sernos dado podemos llamarlo "nuestro mundo", será también un fragmento enorme, colosal, pero fragmento y nada más. El mundo no se explica tampoco a sí mismo. Al contrario, cuando nos encontramos teóricamente ante él nos es dado sólo... un problema". (José Ortega y Gasset: "¿Qué es filosofía?". Lección V). Esa es la cuestión en toda actividad artística o filosófica; un problema, aunque a la postre, este acercarse a las cosas para darnos cuenta de que lo inmediato fue lejanía y lo lejano se convertirá en término inmediato, sirva para que lleguemos a la conclusión de Nicolás Cusano cuando llamaba a la ciencia *"docta ignorancia"*.

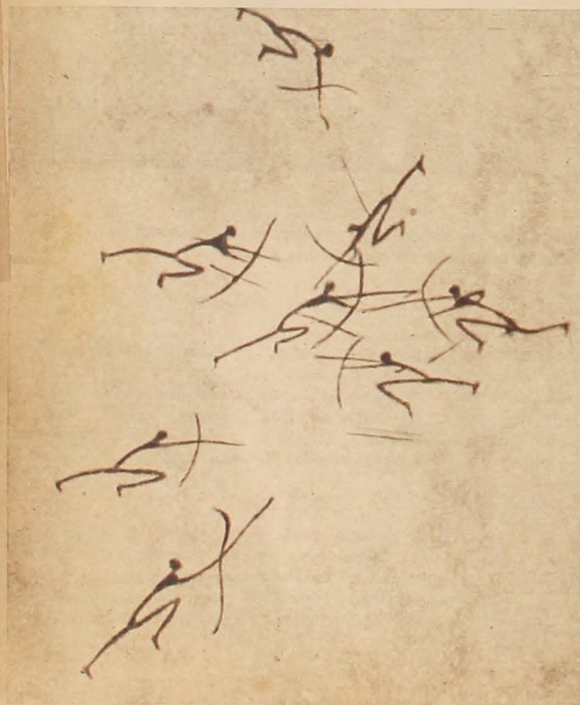
Ignoramos el porqué del hacer artístico del hombre rupestre como ignoramos el hacer artístico del hombre contemporáneo, aunque ese hombre se llame Figari, Dalí o Picasso. Ellos mismos no saben explicarlo. Siendo tan difícil, como es de entender, la pintura de Torres García, el pintor la hizo más difícil tratando de explicarla literariamente, pues si bien cada arte se interpreta a sí misma, el hecho es que la literatura nos la hace accesible a todas. Es por la literatura que nos acercamos al ser complejo del mundo, pues con la palabra fueron creadas las cosas para el arte y para la historia.

No obstante la dificultad para una adecuada diferenciación entre realidad y fantasía, es sorprendente la facilidad con que teóricos y críticos se meten a definir y a pontificar sobre anatemas exclusivistas. Porque bien está que confesemos nuestra ignorancia para hallar la línea divisoria entre lo real y lo fantástico: dónde termina lo primero y dónde empieza lo segundo. Hoy, de una manera dogmática, se empieza por negar la realidad, y pretendidos revolucionarios del arte, sólo del arte, pues son rematadamente conservadores, reaccionarios, en la vida social, comienzan por afirmar que la realidad ya no es tema de arte. Ese *ya* lo define todo. Hubo una realidad que llenó todas las épocas pasadas de la creación artística y ha sido y es el orgullo del hombre, pero desde hoy, según ellos, ya no sirve. Y lo dicen hombres, naturalmente, bípedos, con estómago, con cerebro, para quienes el mundo exterior no existe sino a través de sus sentidos, con manos más o menos antropoides, con necesidades vulgarmente insalvables, con lo que se demuestra la terrible fuerza creadora de esa realidad que se llama fantasía.

Hay una conocida tendencia a desvincular la expresión artística de toda realidad inmediata, objetiva. Desaparecería como motivo de arte la llamada naturaleza muerta, aunque ignoramos si se habrá llegado ya a la abstracción muerta. ¿Tendrán en cuenta los críticos y teóricos que el camino hacia la abstracción se anduvo en pintura sobre la superficie de la naturaleza muerta? Continúa privando en algunos sectores artísticos el dilema que W. Worringer planteó en su obra "Abstracción y Naturaleza".

"Las triviales definiciones de arte —dice Worringer— como definición de la naturaleza, de que no ha podido emanciparse nuestra estilística debido a la servil dependencia del contenido total de nuestra cultura con respecto a los conceptos aristotélicos, nos han cegado para los auténticos valores síquicos que son puntos de partida y meta de toda producción artística. En el mejor de los casos hablamos de una metafísica de lo bello, de la que está eliminado todo lo no bello, es decir: lo no clásico. Pero además de esta metafísica existe otra más elevada, que comprende la escala íntegra del arte y que, sustrayéndose a las interpretaciones materiales, se hace patente en toda actividad artística, trátese de las tallas de los maoríes o de algún relieve asirio. Esta concepción metafísica aparece con el conocimiento de que todo arte no es sino una anotación de las sucesivas fases del gran encuentro que se ha realizado entre el hombre y el mundo exterior desde el primer día de la Creación y seguirá realizándose por los siglos de los siglos. Así es que el arte constituye una forma de manifestación de aquellas fuerzas síquicas que, sometidas a un proceso idéntico, producen el fenómeno de la religión y de las diversas concepciones del mundo."

¡El gran encuentro del hombre con el mundo exterior! ¿Se encuentra con él o estaba en él? Si era parte del todo no hubo —ni hay— mundo aparte. En realidad, Worringer no aclara nada, y aunque compartamos su criterio en cuanto al concepto aristotélico como escala de valores estéticos, lo que en verdad hace es replantear el problema polémico entre evolución y creación, tan viejo como el pensamiento del hombre, desde los tiempos bíblicos y los clásicos de



Escena de lucha. Morella la Vieja. (Castellon de la Plana).



Lucha de arqueros. Fragmento de pintura Covacha de Minateda. (Albacete).



Ciervos rojos con manchas oscuras superpuestas y peces blancos. Batuecas. (Salamanca).

Pint

Demócrito y Lucrecio hasta los de Darwin y Bernard Shaw. El problema del ser pensante y la cosa pensada, del sujeto y el objeto, no ha sido resuelto por la filosofía ... poco por el arte. Ya Parménides de... nsar y ser son una sola y misma ...” Y además: “El pensamiento y el objeto del pensamiento son la misma cosa, ... ues nunca encontrarás el pensamiento ... ser en el cual se contiene. No ... efecto, ni nada habrá fuera del ... lo que se demuestra que nada origin... encontramos en el libro “La Nada”, de Jean Paul Sartre, ni en “El Ser y el Tiempo”, de Heidegger. Y en esos pensamientos podríamos hallar la raíz de la “razón vital” de Ortega y Gasset. Pocas cosas nuevas se hallan en el mundo espiritual —no obstante que muchas cosas nuevas hay bajo el sol— cuando se trata de la interpretación devenirista del hombre, ya buscando la realidad de su mundo interior, ya buscando su propia expresión al interpretar el mundo exterior.

Mas no escapa el hombre a la realidad, al fatalismo de su naturaleza. Que la realidad natural tenga contornos que sólo nuestra realidad fantástica alcance, ya es problema que el hombre ha de esclarecer. Hasta hoy, sólo los poetas suelen llegar a esa realidad indescifrable, como en el poema de Juan Ramón Jiménez en “Arias tristes”:

—*No era nadie. El agua. ¿Nadie?*
¿Que no es nadie el agua? No
hay nadie. Es la flor. ¿No hay nadie?
Pero, ¿no es nadie la flor?
—No hay nadie. Era el viento. ¿Nadie?
¿No es el viento nadie? No
hay nadie. Ilusión. ¿No hay nadie?
¿Y no es nadie la ilusión?

Así como los poetas dan realidad sensitiva a las abstracciones, no es raro encontrar pintores atormentados por una realidad, que van macerando en su cerebro hasta denominarla abstracción, como en el caso de Mondrian, atormentado por la contemplación diaria del signo de la cruz como símbolo de su fe, poseído de ella hasta convertirle en obsesión creadora de lo que se llama su abstracción. En ambos casos, el de Juan Ramón Jiménez y el de Mondrian, se trata de realismo puro, un inocente realismo digno de una parábola de nuestro Rodó, interpretado con la misma fuerza inocente con que el hombre rupestre se situaba ante el mundo exterior y lo representaba sobre los muros rocosos.

La contemplación de las pinturas rupestres nos ofrece una gran lección, no sólo artística sino también metafísica. En esas pinturas, abstracción y naturaleza se expresan inseparables. Ligadas, sí, por un misterio trascendente de luz y sombra, de miedo telúrico o de emoción religiosa, con los cuales nuestros antepasados dieron contenido abstracto a la realidad y realismo a la abstracción. Porque empeñarse en dar exclusividad religiosa al hecho de que el hombre primitivo se recogiera en la parte más sombría de las cavernas, para meditar la realidad de su mundo y hacerla plástica, no deja de ser vana palabrería. ¿Por qué la emoción religiosa había de hacerse trascendente sólo entre sombras? ¿Para qué, entonces, se hicieron las estrellas y antes la lu...? ¿Sólo entre tinieblas puede transformarse la luz que el hombre recibe reflejada del mundo? El símbolo de la semilla enterrada no responde a la etapa de un ciclo sino a todo el ciclo, y es por la luz y hacia la luz que el mundo se recrea.



...hembra acostado. Pintura. Cueva de Altamira. (Santander).

El hombre rupestre se humillaba ante sí mismo entre las sombras de la caverna, maceraba la tierra con la grasa y la sangre de los animales, quién sabe si con grasa y sangre de sus semejantes, y paulatinamente, entre llamas y humo iba representando sobre las rocas el mundo real idealizado por su fantasía. Y a veces, como se cree ya verosímil, representando la sombra de las cosas, de animales y hombres, sobre la misma roca, es decir, dando realidad a las mismas sombras. Y por eso, producto de la tierra, de la sangre, de la realidad, de las sombras y de la fantasía, sus creaciones eran de un realismo fantástico, grato al alma del mundo.

Tierra y sangre; lo demás se consigue por añadidura. Mientras el hombre pise firme sobre su tierra y la transforme espiritualmente con el impulso de su corriente sanguínea, dará eternas obras de arte. Realismo, abstracción, naturalismo, nombres, sólo nombres con los que el espíritu creador del hombre se entretiene bautizando las cosas. Con la tierra el hombre da forma a las cosas, con la sangre les da ritmo. Ritmo a las cosas, al alma y a los pies. La religión del hombre rupestre no es plegaria oral sino pedestre. La emoción ante el misterio se le convierte en danza, y con todo su cuerpo, altar de su alma, es que quiere dominar las iras de los elementos para hacerlos propicios a su vida.

Dos constantes, tierra y sangre, que hallamos muy de menos en casi toda la pintura de nuestro tiempo, que, sin embargo, hace 30.000 años o 20.000 o 10.000, supieron fundir nuestros antepasados, mostrando el camino de la realidad hacia la abstracción y de la abstracción hacia la realidad como rutas convergentes para la recreación artística.

F. FERRANDIZ ALBORZ

NOTA: Fotoestáticas del profesor Miguel Baranzano.

(Especial para **EL DIA**)



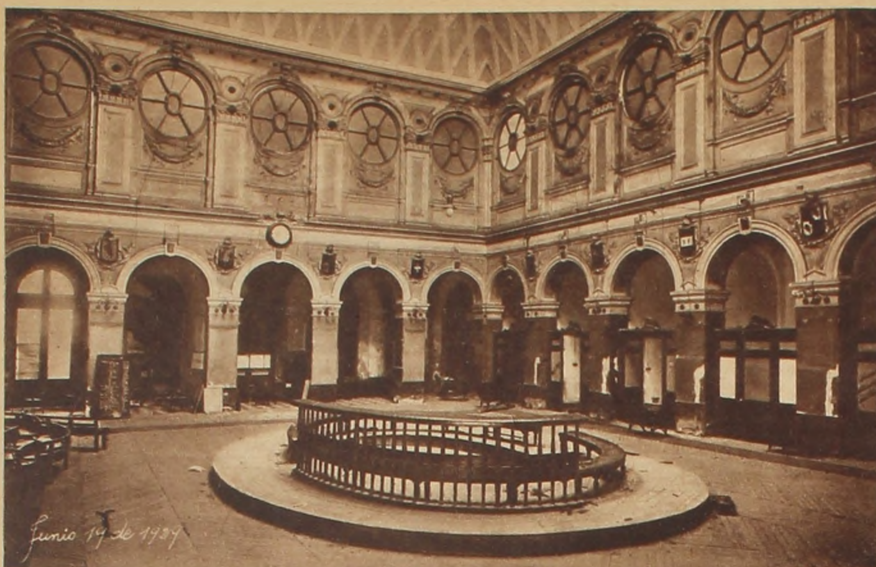
...y grabados rupestres en el barranco de los gascones. (Teruel).

Escena de lucha. Ares del Maestre. (Castellón de la Plana.

Bandada de pájaros. Detalle de un trozo pintado en Morella la Vieja. (Castellón de la Plana).

ZABALA y PIEDRAS

UNA LECCION DE HISTORIA ACTIVA



El salón de operaciones de la Bolsa, con su característica "rueda" al centro, ya abandonado, ofrece detalles tan curiosos como los emblemas heráldicos de varias naciones colocados sobre las columnas.

AHORA que está sobre el tapete una nueva y amplia iniciativa de remodelación de la Ciudad Vieja, conviene reflexionar cuántos lugares que parecieron estáticos e inmutables han sufrido procesos de transformación poco menos que inverosímiles en un corto lapso de nuestra historia. y que el término "ciudad" lleva implícito el de "demolición". Un criterio demasiado respetuoso hubiera ahogado la ciudad en murallas y formas embrionarias. La ciudad ya delineada progresa a compás de la destrucción.

Tomemos como ejemplo una de las conocidas esquinas de la Ciudad Vieja: la de Zabala y Piedras, donde actualmente levanta uno de sus ángulos el edificio del Banco República. Sus metamorfosis no podrían ser más completas ni significativas.

He aquí su historia sucinta: 1761 a 1863, Convento de San Bernardino de Sena; 1867 a 1929. Bolsa de Comercio; 1938 a la fecha, Banco de la República.

O sea el Coloniaje, la época civilista y los tiempos modernos.

De aquel macizo convento colonial sólo queda algún recuerdo: los formidables candados, que se exhiben en el Museo Bancario; un cuadro de Leonie Matthis; algunos grabados... Lateralmente, se agrega que sobre las formidables arquerías y bóvedas que hubieron de ser los cimientos de la iglesia anexa al convento —obra que interrumpió para siempre la revolución de Mayo y la subsiguiente gesta artiguista— tuvo su sede el Banco Nacional en 1887 y el de la República desde 1896. ¡Cuántos cambios también en esta esquina de Zabala y Cerrito!

Volvamos a la de Zabala y Piedras. El 21 de enero de 1867, con brillante ceremonia, inauguraba la Bolsa Montevideana —éste era entonces su nombre— el grande y lujoso edificio que cubría un área de más de mil quinientos metros cuadrados.

La inauguración se verificó curiosamente entre dos crisis: la de 1866, cuando el pánico provocó una corrida contra los Bancos que obligó al Gobierno a decretar la inconversión de billetes y la de 1868.

Esta última fue más desastrosa. Expirado el plazo de un nuevo curso forzoso, numerosos Bancos que habían comprometido sus fondos en especulaciones, se vieron obligados a cerrar sus puertas y declararse en liquidación. Público, ahorristas y poseedores de papeles de renta vieron desaparecer sus valores en veinticuatro horas.

La Bolsa Montevideana —llamada Bolsa de Comercio desde 1907— vio pasar, desde ese edificio, muchas tempestades análogas y también muchos momentos de auge y prosperidad. En la esquina de Zabala y Piedras se cotizaron los papeles de Mauá y los de Reus. Desde allí se presenció la caída de Ellauri y el tremendo desastre bursátil de 1875, que dio por tierra con los Bancos Oriental, Mauá y Navia. En ese año terrible, como se le llamara, la rueda de la Bolsa giró en el pánico que concluyó en la depreciación total de acciones, títulos y documentos. Desde allí se presenció el alza progresista de 1887, encabezada por Emilio Reus; la creación de empresas, sociedades e industrias; la aparición de 27 nuevos Bancos privados y el surgimiento del Banco Nacional, ubicado, como hemos dicho, en la misma manzana... En 1890 la Bolsa Montevideana asistía de nuevo al pánico de la bancarrota y era poco menos que asaltada por accionistas ansiosos de vender antes que el nuevo desastre culminara totalmente.

Ese fue el último de los desastres financieros, típicos de aquella época de papelismo y especulación, sin norma estadística, confiada a empirismos trasplantados o a meras fórmulas verbales cuyo brillo jamás se sometiera a los rigores de la experimentación.

El 24 de agosto de 1896 el Ministro de Hacienda don Federico Vidiella instalaba, junto a la Bolsa de Comercio, al poderoso vecino que concluiría con la inestabilidad del régimen fiduciario: el Banco de la República. Y que con el andar de los años estiraría sus miembros en procura de más espacio físico y se adueñaría sucesivamente de los edificios del Hotel Oriental y del de la Bolsa de Comercio, para construir su monumental manzana.

Ese último hecho se verificó tras un largo y áspero juicio de expropiación, culminado en 1929. En junio de ése año la Bolsa abandonaba su viejo local de Zabala y Piedras y se trasladaba a una sede provisoria.

Ese es el momento que documentan nuestras fotos. El mirador, que se erigía sobre Zabala, parece ya amenazado por los muros del Banco en construcción que se ven en segundo plano. Tiene ya el aire indefinible que precede a la destrucción... Igualmente melancólica es la gran foto interior, captada poco antes de que empezasen a trabajar las piquetas. Algo así como una presurosa retirada dejó desierto el salón y silenció la "rueda" bulliciosa, quedando abandonados algunos muebles y hasta un pizarrón de cotizaciones... Al fondo, el reloj está marcando la última hora del viejo edificio.

"La Bolsa, con su fisonomía artística singular que destacó por varias décadas su amable silueta entre las casonas del barrio, al pasar los años ha ido adquiriendo, como si recibiera una recompensa por la tranquila y sana lección de belleza que procuraba a sus vecinas, cierta espiritualidad..." La frase no es de un escritor ni un periodista, sino del Juez sentenciador, doctor Nicasio del Castillo, y puede vérsela entre los vistos y considerandos de su fallo de expropiación, dado el 8 de setiembre de 1928.

Muy bien dicho. Pero ni esa espiritualidad ni el juego de intereses materiales pudieron detener la *suprema ratio* evolutiva. El tiempo, que había borrado del plano el Convento de San Bernardino, arrancó hasta los cimientos del edificio de la Bolsa, en cuya ubicación interior se hallan hoy los tesoros del Banco.

Ciertamente, conviene recordarlo cuando se está frente a iniciativas de reconstrucción total que parecen imposibles... hasta el día en que se las realiza.

Roberto FABREGAT CUNEO

(Especial para EL DIA)



El mirador sobre la calle Zabala, fotografiado momentos antes de que comenzara su demolición. Obra del arquitecto francés Ragout en el expresivo estilo de la época. En 1927, fue tasado por la Dirección de Avaluaciones en la suma de 280 pesos, dentro del costo total del edificio, que alcanzaba a 130.000.

LOS MENSAJES DE GREEN Y MAUROIS

A la pregunta de qué piensa de los novelistas contemporáneos, Julien Green se retrae algo, aún indeciso, y por fin contesta:

—Su pregunta es muy interesante. Para mí hay, grosso modo, dos clases de novelistas: el novelista que se dirige a un público extenso; es como un hombre que hablara a una gran multitud, y está obligado a hacerlo en alta voz, en voz lo suficientemente alta como para hacerse comprender de todos. Hay, también, otra clase de novelistas que se dirige a... —Julien Green titubea, se mueve incómodo. Se pregunta: —¿Cómo diría? —y por fin, con esa alegría que experimentan los que aman las palabras cuando encuentran la que mejor interpreta su pensamiento, casi exclama. Digo casi, porque no creo que Julien Green fuera capaz de soltar una exclamación tipo Carlo Levi, por ejemplo, una exclamación del Mediterráneo: —Hay novelistas que se dirigen a los aislados que viven en el mundo. Yo creo ser uno de estos novelistas, vale decir que me siento un ser aislado en el mundo hablando a otros solitarios. Ha tiempo escribí una frase de la que no reniego, muy por el contrario, y es: Yo escribo para quien está solo, y esta es exactamente mi situación, y supongo que continuará siéndolo hasta el fin de mi carrera; es una cuestión de temperamento y en ella, además, me siento muy cómodo.

Aunque prometí hacerle una sola pregunta, y como ya veo que pese a su timidez comienza a mirar con menor desconfianza, arriesgo otra sobre su labor futura.

—Actualmente escribo una novela cuyo tema se refiere a una gran lucha interior. Evidentemente no puedo saber la suerte que correrá, puede que sea leída por muchos o por muy pocos; pero ello no quita que este libro haya sido escrito para los lectores solitarios, los aislados. Recalco esta palabra tan rica en significados. No me dirijo a la multitud, no puedo hablar a la multitud, yo escribo para los que están solos, para los que se sienten solos como lo estoy yo —termina con decisión el autor de "El otro sueño" y "Moira".

Julien Green calla, vuelve a su silencio, porque él es, además de un novelista de los solitarios, un solitario que ama el silencio y la quietud; ese ambiente que lo rodea en este su escritorio de techo bajo, con sobrios muebles coloniales del sur de los Estados Unidos, con las paredes cubiertas de estanterías donde se alínean libros con sus encuadernaciones doradas del Siglo XVII y XVIII. También, y cerca de la chimenea negra, de cerámica y mármol, algunos cuadros, entre ellos uno pequeño de Salvador Dalí.

Toda la habitación, inclusive la larga mesa escritorio parece depender de la ventana que se abre sobre la verde y dorada copa de los árboles del jardín interior del palacio Galliffet. La luz suave, mansa y tímida, marca el tono de todos los seres y cosas que en esta habitación existen, sobre todo el de este solitario que se confiesa un tímido.

Mientras busca un ejemplar de "El otro sueño", para indicarme una palabra que se refiere al catolicismo como "superstición" y que él desea ver cambiada en la traducción al castellano que estoy haciendo en colaboración con Renato Pellegrini (ya publicada en la actualidad); mientras hurga en la doble fila de libros de las estanterías, y luego revisa un armario, pienso en lo que hace 5 años me dijo respecto de la muerte.

—Sí, pese a amar tanto las cosas hermosas de la vida, siempre tengo presente a la muerte. No es un problema constante, pero por lo menos dos veces al día pienso en ella. Sí, debe ser resultado de mi formación jansenista; además, la Biblia no es un libro alegre, ¿no le parece? La muerte es un problema que tengo desde la infancia, está en los cimientos de mi edificio... Cuando veo una flor pienso instantáneamente en que se ha de marchitar, en que desaparecerá.

Luego de anotar la palabra, que me señala en la página diciendo: "Este cambio para mí es fundamental", pienso en que, cuando por sentirme demasiado feliz, demasiado pleno de lo que amo, la muerte se me presenta entre los pliegues de mi pensamiento, ella me llega acompañada por Julien Green. De su mano. Acaso él me enseñó, de novelista a novelista, que era posible la existencia de la muerte en la hermosura. Y si ésto hay que agradecerlo, me rebelo a hacerlo.

Como ya he aprendido lo que mucha gente no: que a los escritores no hay que hacerles perder tiempo, mi pregunta es directa:

—¿Qué piensa, Monsieur Maurois, sobre el realismo de la novela contemporánea?

—Me responde sin ninguna de las vacilaciones de Julien Green, quizá físicamente sea su polo opuesto: casi calvo y canoso, grandes ojos claros y nariz aguileña, tiene la soltura del hombre de mundo a quien los salones le fastidian casi en la medida en que le atraen. Ya está acostumbrado a brillar en ellos.

- Creo que la novela contemporánea es realista en el sentido de que es muy libre. Los escritores jóvenes dicen las cosas muy verídicamente, hasta diría con desnudez, y esto en nada los asusta. Creo que, por su manera de vivir, eso les resulta natural; en suma esta franqueza no deja de estar bien y hasta tiene su encanto. Por mi parte, como soy de otra generación, prefiero el matiz en los sentimientos, matiz que ellos no expresan lo suficiente. Creo que han vuelto a un período anterior, hasta diría que han vuelto al paraíso terrenal... —termina la frase con sonriente ironía.

Esto me incita a preguntarle, casi en el mismo tono, si tiene confianza en la nueva generación literaria.

—Sí por cierto. No creo que en esta generación haya una escuela como lo fueron el romanticismo, el naturalismo o el simbolismo; hay individuos que tienen mucho talento. Ahí tiene, por ejemplo, algunos libros como "La Ley" de Roger Vaillant, Premio Goncourt de 1957 y que considero uno de los mejores libros que se haya escrito en los últimos veinte años en Francia. También, Michel Butor, que es un novelista realmente curioso, lleno de ingenio y que, en cierta manera, renueva la novela actual. Son sólo dos ejemplos, también podríamos citar muchos otros: Roger Nimier, Michel de Saint Pierre. Y las mujeres: Angelina Bardin, Michele Perrin, y aún Françoise Sagan, porque pese a todo el ruido que se ha hecho en su derredor tiene talento...

Como esto lo ha dicho sonriente, casi riendo, insisto si cree en el talento de ella.

—Si por cierto, pero tiene necesidad de trabajar...

Como no cesa de sonreir y hasta de reír —acaso sea la causa de esta alegría ese tan escaso sol de París, que hoy entra feliz por el gran ventanal— como su tono resulta contagioso, le pregunto qué opina de aquello que, con gracia semejante, me había dicho Jean Cocteau, al explicar de que había ingresado en la Academia Francesa como una suerte de protesta contra lo que se ha dado en llamar la "conspiración del ruido", que hoy se hace alrededor de los escritores europeos.

—Y bien, pienso que ha tenido razón de entrar en la Academia, primero porque estamos muy contentos de tenerlo allí, yo en particular, puesto que fui quien le hizo el discurso de recepción... Pero no pienso que en la Academia se esté muy al abrigo del "ruido", de la publicidad, pues que los diarios se ocupan enormemente de la Academia, y otro tanto se habla... Pero, en verdad, es un lugar donde todos los jueves se encuentran buenos amigos, en una atmósfera de cortesía que ya es bastante rara... Hasta le diría —sigue en el mismo tono burlón— que no se tiene la impresión de estar en un convento, porque se sale muy libremente, en cambio, sí tengo la impresión de estar en un lugar que es único en su género y en nuestro tiempo.

Como ya hemos gustado bastante de la alegría del sol, le pregunto algo más serio, al menos para nosotros:

—Ya que usted conoce tan bien la literatura latinoamericana, ¿cuál es el papel que ella debe desempeñar?

—Usted me lisonjea al decirme que conozco muy bien la literatura de América Latina, porque desgraciadamente no conozco el español lo suficiente como para leerlo con provecho; esto da como resultado que no la conozca suficientemente, pero lo que he leído en traducciones, y aún las que haciendo un gran esfuerzo leí en español, me ha hecho conocer obras notables. Me parece que lo mejor de América Latina han sido sus poetas y poetisas, muchas admirables. Creo que el papel que debe desempeñar la literatura de la América Latina es el de hacernos conocer, precisamente, la sociedad de la América Latina, pues que la conocemos mal. Sólo pueden hacérnosla conocer por medio de buenas novelas escritas por latinoamericanos; sólo así tendremos conciencia de ella. Otro, el darnos una poesía más joven, más ardiente, más viviente que la europea, porque se trata de países jóvenes cuya fuerza lírica les permite crear bellos poemas. Y en realidad, he leído poemas que me han gustado enormemente, por ejemplo, los de la argentina Alfonsina Storni, que es una muy grande poetisa... y muchas otras.

De nuevo el sol juguetea entre nosotros, y me siento obligado a preguntar a M. Maurois, si está satisfecho de su vida, si hay algo que hubiera deseado y no alcanzó.

—Y bien, en conjunto estoy satisfecho; he escrito numerosos libros, que casi siempre han sido bien acogidos por la crítica y por el público, por consecuencia no tengo razón alguna para quejarme, aunque evidentemente no pude realizar lo que era el sueño de mi juventud: Escribir una larga serie de novelas, como la "Comedia Humana" de Balzac; escribir una especie de Comedia Humana de nuestro tiempo. Esto no lo pude hacer; pero recientemente me ha consolado un crítico francés, Robert Kemp, al decir: En el fondo las biografías de André Maurois (Chateaubriand, George Sand, Víctor Hugo, Dumas) constituyen una comedia humana del siglo XIX, y, claro está, esto me consuela!

Vuelve a reír, y resulta reconfortante ver tan lleno de vida a un escritor que tiene 72 años. Uno empieza a creer que la más efectiva receta para vivir muchos años es convertirse en un artista creador en Europa.

Cuando, luego, le pregunto cuáles son los novelistas franceses del siglo XX, que considera más importantes, contesta:

—Y bien no le voy a citar muchos porque no hay que complicar las cosas. El primero es Proust, el más grande novelista del siglo y que es al XX lo que Balzac al XIX...

—Perdóneme la interrupción. ¿Usted lo conoció personalmente?

—No; mi mujer y su familia lo han conocido mucho; pero como yo escribí su vida me vi obligado a estudiarlo. Después, citaré a Mauriac, que es un gran novelista y, sobre todo, un gran estilista; Jules Romains, cuyo "Los hombres de buena voluntad", es quizá lo más balzaciano de nuestro tiempo; Roger Martin du Gard, con "Los Thibault"; puede ser Jean Giono, y aquí corto mi lista. No creo que sea completa, pero para no complicar las cosas sólo he citado nombres realmente ilustres.

A mi pregunta de cuál sería su mensaje para Latino América, contesta:

—Y bien, quisiera decir, muy simplemente que dos veces di la vuelta al continente y las dos quedé seducido y encantado por esa calidad que mencioné recién: la juventud, el entusiasmo. Raramente he encontrado en las conferencias, auditorios tan atentos, numerosos y deseosos de aprender; he encontrado, también, mucha amistad para Francia, y estoy convencido de que la amistad entre Francia y América Latina puede convertirse en algo muy precioso, tanto en las Naciones Unidas como en la vida intelectual: un contrapeso de la influencia sajona, que no es mala pero no debe ser la única en el mundo.

Y para terminar, le hago la pregunta que se me ocurre la más típica de nuestro tiempo: qué piensa de la era astronáutica que acaba de nacer.

—Naturalmente, como todo el mundo estoy admirado por los descubrimientos científicos de nuestro tiempo. El mundo ha cambiado en 50 años, más que en los dos mil anteriores, y de esto puede enorgullecerse la inteligencia humana. En cuanto a la astronáutica creo que no debemos enorgullecernos en demasía. El hecho de poder saltar hasta la Luna, y aún hasta Marte o Venus, no es más extraordinario que si seres que vivieran en un electrón, pudieran saltar al electrón vecino; ellos lo considerarían algo asombroso y para nosotros sería nada. Mañana, estos mundos que consideramos tan inmensos en relación al infinito, también nos parecerán nada. Y no creo que esta transformación origine ninguna angustia, pues que el mundo siempre ha sido pequeño; el mundo interior es el grande. El único mundo que cuenta es el de nuestro espíritu y éste no ha cambiado de dimensión.

Abelardo ARIAS.

(Especial para EL DIA).



Andrés Maurois.



Un aspecto de la ruina descubierta, pequeña pirámide de Mixquiahuala (México).

LA PIRAMIDE DE MIXQUIAHUALA

ESTA EN EL FABULOSO TEOTLALPAN

EN plena región conocida durante el imperio de los toltecas y aún durante el predominio de los aztecas como el legendario Teotlalpen, es decir, comarca de los dioses, y acerca de la cual se narraban muchas consejas, localizando ahí no únicamente la fabulosa mansión de las deidades terrígenas, sino también muchas míticas proezas de ellos y aún extrañas narraciones sobre los signos y hazañas que rigieron su nacimiento, se halla la actualmente progresista y evocativa población de Mixquiahuala, añorando su pasado heroico y risueño a la vera del río Tula, el cual ofrece al turista parajes que rivalizan con las que colorida y emocionalmente describe el gran poeta italiano apellidado El Tasso.

Habitada en los más remotos tiempos por los otomíes, raza que se presume de origen mongol, y de cuyo idioma asegura Ales Herddiska, del Museo de Antropología de Nueva York, tiene semejanzas con el de los aborígenes de la península de Kamchadka en Rusia, a punto de que si hablasen en nuestros días uno de éstos con uno de aquéllos podrían entenderse; habitada, sí, en edades lejanas por otomites, raza que llegó a cobrar gran esplendor para caer posteriormente en el marasmo y la postración que hoy la vemos, fue ocupada andando el tiempo por los citados toltecas, sin que lograsen desalojar completamente a los primitivos habitantes, los cuales tornaron a señorear casi por entero los contornos, hasta que nueva ola irruptora de los chichimecas (chichi-perro, mecatl-burdos, incivilizados) volvió a sojuzgarles y, centurias después correspondió a los aztecas o mexica avasallarles con su poderosa influencia cultural y material, hasta el punto de que no sólo tuvieron ingerencia gubernamental, sino que establecieron un puesto militar avanzado en Mixquiahuala, para vigilar la región de los dioses para observar los movimientos migratorios del norte, deteniendo de tal guisa cualquier sorpresa chichimeca procedente del mitológico septentrión.

En realidad el Teotlalpan o Teotlalli (teotl-dios, tlalli-tierra) jamás fue cabalmente habitado, tanto por el misterio de sus pedregales, pues como vemos forma parte del Valle del Mezquital, como por el pavor que infundía el pulular sagrado y cabalístico de los númenes.

Mixquiahuala es corrupción del toponímico MIXQUIYAHUALA, cuyas raíces idiomáticas del precioso nahuatl son: Mixquit, mezquite y tahuali, círculo, es decir, lugar rodeado o circuído de mezquites, los cuales todavía existen, aunque no en copia tal como para justificar el vocablo, lo que quiere significar que el medio ha cambiado un poco, ya que los nahoas, más exactamente los mexica, eran muy meticulosos y precisos aplicando nombres que señalaban características predominantes, accidentes geográficos o persistencias climáticas, meteorológicas, tectónicas, etc., como por ejemplo, Malinalco (lugar de temblores), Tepoztlan (lugar del cobre), Tehuixco (donde hay piedras aguadas), Tlaltizapan (tlalli-tierra y tizoc-gis), Molotla (molotl-gorrión, tlan, lugar), anenecuilco (atl-agua, nenecuilli-retorcer), Atotonilco (lugar de aguas termales). Tulacingo (en el pequeño tular), Tepetitlán (entre cerros), Tlapa (lugar de tintura roja), Tepejí (cerro partido), Teocuitlatan (lugar donde hay oro), etc., etc.

Para llegar a Mixquiahuala hay que seguir la carretera México-Laredo hasta el kilómetro 116, frente al bello convento mudejar de Actopan, torcer a la izquierda y rodar otros 28 kilómetros sobre el camino asfaltado que conduce a Tula y que atraviesa ora extensiones eriazas, grandes manchones arbóreos ora.

A la vera de esta ruta se encuentra Mixquiahuala, limpia, aereada, atractiva, con moderna y linda fuente de mosaicos al centro de su cuidado pueblecillo. Al fondo de este jardín se halla el Palacio Municipal de tres pisos con miradores cimeros a los lados; pero es el inmediato panteón del pueblo, pintoresco con sus tumbas blancas y con sus notas rumbosas, pues hay distintos sepulcros y mausoleos costosos, donde radica el interés arqueológico del lugar, pues casi en medio de él se levanta la pirámide descubierta recientemente, limpia ya de hierba parásita y despejada de acarreos y escombros que la cubrían.

Es esta pirámide parte del puesto militar establecido por los aztecas, ya que no sólo realizaban construcciones de orden bélico cuando apostaban un destacamento, sino que a las obras defensivas añadían edificios religiosos para practicar su culto, graneros y moradas para el alojamiento, pues bien, en dicha pirámide la forma de sus alfardas, el perote de sus escalenes, la estructura de sus cuerpos, aunque de remembranza tolteca, es de filiación mexica.

Creo que este monumento fue de los últimos erigidos en la zona por los aztecas y, más todavía, que su erección data del año de Acatl, o sea, 1507, fecha del último Xiutonalli que festejaron en época del tecutli Moctezuma. Hay una observación de carácter étnico o idiosincrásico que hacer sobre los habitantes del lugar. Su tipo físico en general difiere del otomite que predomina en toda la comarca, son más altos, de tez más clara y de facciones menos mongoloides; no son melancólicos ni indolentes como los otomca, sino emprendedores y sociales, comunicativos y, eso sí, muy valientes, cual han demostrado a lo largo de la historia, apoyando siempre al partido liberal, hasta el grado de merecer predilecciones del presidente don Benito Juárez y la restitución de tierras que les arrebatara el recalcitrante monarquista José María Gutiérrez de Estrada autor de la famosa carta abierta al general Anastasio Bustamante en 1841, que tanto revuelo armó, abogando por un reinado en México.

Durante el imperio del blondo Maximiliano de Austria, el único bastión republicano que restaba en los contornos era Mixquiahuala, rebelde y altiva, por lo que cierta mañana se presentó el Comandante Militar de Ixmiquilpan ante don Manuel Gálvez, primera autoridad de la localidad y le espetó terrible requerimiento: —o Mixquiahuala firmaba su adhesión al imperio, o se le incendiaría hasta convertirle en pavesas al cabo de tres días. Transcurrieron éstos y al presentarse a realizar la sentencia, el Comandante se impresionó al ver que todo estaba listo para el incendio, por lo que consultó con Maximiliano y regresó a comunicar que "el emperador" les relevaba del compromiso de firmar acta de adhesión a su persona, pudiendo volver las familias con sus muebles a ocupar sus hogares".

Otro señuelo ofrece Mixquiahuala, otro de singular belleza: —los ribazos del río Tula que entre 800 ó 1.000 metros a un lado se desliza como bendición e himno, como exultación y exaltación creadora, en que el agua ocasiones es mansa, a veces salta, el aire tibio y la alfombra de las hojas, felpa. Euforia todo lo que está ahí, los labios movidos por la admiración farfullan rezos de afirmación vital y el alma se eleva y cree en el árbol-dios, en el agua-santa y goza con la atmósfera-caricia.

Comprendo porqué ante beleño tanto, frente a preciosidad análoga tamaña, los griegos divinizaban corrientes fluviales como el Céfiso, el Alfeo y el Parimso, los poblaban de ninfas y llegaban a bañarse para fortificar parejamente espíritu y cuerpo.

Agrestes las márgenes del río Tula ahí, son bosques que bañan sus raíces en el resplandor de las ondas, vegas provicentes en que los trigales mecen sus espigas y las adorantes flores tuercen sus corolas, o bien, poco adelante, dehesas en que la vaca sestea y el caprino trisca.

Rubén GARCIA.

México, 1958.
(Especial para EL DIA).



Desliza su delicia el río Tula a la vera de Mixquiahuala.

EL VOLCAN SALVADOREÑO IZALCO

LAS estrellas resplandecen en el despejado cielo tropical, pero apenas se divisa en el horizonte la silueta de la majestuosa montaña.

De pronto ilumina la cima un brillante destello rojizo que se remonta hacia el cielo, bañando la ladera de la montaña con una luz dorada.

Así es Izalco, una de las maravillas de esta tierra de volcanes que se llama El Salvador. Es un espectáculo que inspira respeto, reverencia.

Como un enorme cronómetro, Izalco repite la erupción cada ocho minutos aproximadamente, y así lo ha hecho desde hace 200 años.

Izalco es conocido como "el Faro del Pacífico", porque sus destellos, visibles a una distancia de más de 150 kilómetros, sirven de guía a los navegantes.

De día las erupciones aparecen como enormes bocanadas de humo, lo cual ha dado lugar a la leyenda popular que el diablo está acostado en la montaña, fumando su pipa.

El Salvador es una tierra apacible de fértiles valles y majestuosas cordilleras entrelazadas por profundos desfiladeros, altaneros volcanes, lagos cristalinos, infinidad de ríos y arroyos y playas de arena negra.

El grato ambiente que encuentra el visitante moderno en El Salvador sirvió de aliciente hace muchos años a los indios mexicanos que emigraron de su tierra huyendo al desasosiego y las guerras.

Aquellas gentes bautizaron su nuevo hogar con el nombre de Cuscatlán —tierra de joyas.

El Salvador, el más pequeño país de Centro América, se encuentra unido a todo el mundo por los Clippers de la Pan American World Airways.

Es un país de grandes contrastes. San Salvador, la capital, es una ciudad moderna de gran actividad, pero a pocos kilómetros se encuentra el pueblo de Panchimalco, donde se observan costumbres que hacen recordar épocas pasadas, casas de adobe, calles adoquinadas y una venerable ceiba a cuya sombra funciona el pintoresco mercado indígena.

Las mujeres visten con trajes de gran colorido —amplias blusas y largas faldas confeccionadas de tela tejida a mano. En la cabeza usan mantillas de brillantes colores y al cuello bellos collares de monedas españolas.

Los hombres usan camisas blancas de algodón, pantalones claros y sombreros de paja.

Los indígenas de El Salvador son descendientes de los aztecas y además de castellano hablan Nahuatl, el idioma de sus antecesores.

Desde la capital es fácil y corto el viaje al inquieto Izalco. En el parque Nacional de Cerro Verde, a kilómetro y medio del volcán, se congregan las familias salvadoreñas los domingos para merendar y presenciar el espectáculo que ofrece Izalco.

Con una elevación de 1.525 mts., Izalco es uno de 19 volcanes salvadoreños, pero indiscutiblemente el más espectacular.

Cuando Izalco entra en erupción, lanza piedras candentes, llamas y humo hasta una altura de 300 mts. y la hirviente lava se vierte en cascadas sobre el borde del cráter.

Al pie de la montaña está situado el Parque Atecozol, que cuenta con una piscina de natación tallada en lava y surtida por manantiales volcánicos.

San Salvador tiene también su volcán propio. El volcán San Salvador, que no ha tenido una erupción desde 1917, se levanta sobre la capital y sus 250.000 habitantes como un gigantesco vigía. Su cráter, con una elevación de más de 2.000 mts., tiene kilómetro y medio de diámetro y casi un kilómetro de profundidad.

Existen en El Salvador muchos lugares de interés: Sonsonate, por ejemplo, que fue fundado por Pedro de Alvarado hace más de 400 años, encierra verdaderos tesoros históricos.

Una de las poblaciones más pintorescas es Santa Tecla, con sus majestuosas mansiones de la era colonial y sus románticas costumbres; los pretendientes aún enamoran a sus pretendidas con serenatas, pero antes deben obtener un permiso especial que cuesta dos dólares.

El país tiene dos balnearios populares: uno es el Lago Ilopango, que tiene 15 kilómetros de largo y ocho de ancho y cuyas riberas están bordeadas de residencias de veraneo, pequeños hoteles y embarcaderos; el otro es Coatepeque, un lago de aguas azules situado en un cráter a una hora de San Salvador y 30 minutos de Santa Ana, segunda ciudad del país y centro cafetalero de la nación. A las aguas del Lago Coatepeque se le atribuyen propiedades medicinales y los salvadoreños alegan que las bebidas alcohólicas ligadas con estas aguas jamás producirán "goma".

Si el visitante prefiere tomar baños de mar, sólo tiene que viajar 40 kilómetros desde San Salvador a La Libertad, el más popular centro de recreo marítimo del país. En esta magnífica playa del Pacífico (El Salvador es el único país de Centro América que no tiene costa en el Atlántico) la arena es negra lo cual evita la molestia del resplandor.

Exclusivo para EL DIA.



Las erupciones del Izalco son tan matemáticamente exactas que los marinos lo llaman el Faro del Pacífico. Su resplandor se divisa a muchos kilómetros de distancia. Este volcán constituye una de las grandes atracciones de la República de El Salvador. (Fotografía por cortesía de Pan American World Airways System).

LO POPULAR EN LA MUSICA CULTA

MUY frecuentemente adoptamos un concepto demasiado simplista y limitado, al considerar el sentido y la proyección de los hechos populares, tanto en la música como en las demás artes.

Se trata, indudablemente, de algo que reclama una reiterada reconsideración, a fin de establecer una verdadera estética de carácter social y patrimonial, capaz de liberar a los críticos de esta distorsión que los aisla de muchos de los aspectos más profundos de las grandes obras maestras de todos los tiempos.

Lo popular no es lo populachero, pues tiene un linaje orientado hacia una veneración y, consecuentemente, una salvaguardia de valores permanentes e intransferibles en toda colectividad.

Existe, por cierto, en observaciones de esta índole, el peligro de la esquematización y hace falta decir que las grandes obras responden a un complejo cultural formado por factores primordiales y complementarios.

Entre los primeros, debemos reconocer, que difícilmente encontraremos grandes obras musicales, cuya auténtica profundidad no hubiera de aquilatarse, precisamente, dentro de los índices de sentimientos nacionales y colectivos, que amalgamaron los resortes secretos de la visión del mundo experimentada y vivida por el genio creador.

La comprensión de este orden de dependencias, nos enfrenta muy a menudo con aspectos que adquieren, aparentemente, un carácter irreconciliable; es decir, niveles muy altos y problemas de extraordinaria trascendencia, cuyo origen o explicación no pueden ubicarse, sin objeciones muy lógicas, en esta misteriosa escena donde se desarrollan los actos vivientes del pueblo.

Tórnase, en verdad, muy difícil concebir el grado de identidad o participación del simple vulgo, en el mundo de las elevadas concepciones del genio, y tanto más si nos dejamos impresionar, de modo naturalista, por la conducta cotidiana y rutinaria de toda aquella gente insensible, al parecer, a los valores del espíritu.

Se supone, en consecuencia, que una consustancialidad, entre pueblo y arte, pudiera ser más fácilmente concebida, tan sólo por medio de las especies de formas menores, como un descenso deliberado del artista en sí, o por su imposibilidad de elevarse más allá del límite de los fáciles recursos de una comunicabilidad generalizada.

Pero esta es una visión arbitraria, que vemos resurgir en apresurada retórica y como una regresión a conceptos estéticos de "elite".

Un equívoco semejante, equivaldría en su esencia, a negar todo el proceso de la construcción de lujosos palacios, debido al hecho de que aquellos modestos hombres que los elevan desde los cimientos, no son los mismos que vienen luego a habitarlos.

Debemos advertir, sin embargo, que en lo referente al análisis de las creaciones musicales, los problemas no se reducen a dimensiones tan simples. Hay compositores, que construyeron sus obras con la visión de grandes urbanistas del futuro. Es así que Beethoven y Brahms afirmaron, a sabiendas o no, mundos espirituales que hoy son compartidos con mucha mayor amplitud, en la multiplicidad de los sectores sociales y nacionales. Y esto, en definitiva, constituye una mayor participación del elemento humano-popular, acaso no prevista en la época de los dos grandes genios mencionados.

No es aventurado, por lo tanto, esperar que en el transcurso del tiempo, y por caminos que hoy se ignoran, tantos otros sectores participarán igualmente en este mundo del cual se encuentran hoy en día, al parecer, tan irremisiblemente alejados.

El error mayor, a criterio nuestro, consistiría en el reincidir de manera permanente, en la suposición de que este elemento humano-popular, debe ser atraído hacia la música, mediante sus formas menores.

Se pierde de vista, en estas circunstancias y de modo especial en cuanto a los pueblos de nuestro continente, la condición de universalidad existente en tan alto grado en obras mayores de la cultura. De ahí que no llegue a sorprendernos, la afirmación del Director del Coro de Concepción de Chile, al verificar que en un público formado por incultos mineros, mucho mayor era la impresión producida por los Madrigales de Palestrina, que por toda otra aria o coral del repertorio operístico.

Convenimos en que se trata de índice tal vez poco apropiado para generalizar el problema; pero eso sí, representa una de las tantas experiencias que no podemos echar en olvido, cuando se nos presente la responsabilidad de crear vínculos que han de fortalecerse, entre estos seres de escala inferior en la sociedad, y todo el gran arte.

La música es, en este sentido, de una importancia extrema, y puede establecer, por la diversidad de géneros y estilos, una amplitud de relaciones humanas que excede en mucho los límites que antes formuláramos. Y otro tanto puede decirse del pueblo, por más fugitivo y vano que se nos presente en sus costumbres.

Lo que más debemos tomar en cuenta, en la mayoría de los casos, es que el arte adquiere otra pujanza, cuando lejos de representar una actividad secundaria o un ornamento de la vida, se halla en el centro mismo de la existencia. Hay, por lo tanto, una responsabilidad: la de evitar los riesgos de que lo estético se debilite en sectores limitados de esa actividad, o en frivolidades al margen de preocupaciones esenciales.

Lo que más nos preocupa, en suma, es la formación de un conocimiento, que desde los más diversos ángulos, comprenda la necesidad de asegurar para la música la participación vital de la sociedad en todos los sectores.

Alberto SORIANO

(Especial para EL DIA)



"Tres músicos". 1944. Oleo de Fernand Léger. (Colección Wright Ludington).



Señorita Elsa Duhagón Delgado, que el día 18 de este mes cumplió sus quince años.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS®

TARZÁN HABÍA SIDO LLEVADO HACIA EL MAR EN UNA PEQUEÑA EMBARCACIÓN... Y AHORA, APREHENSIVAMENTE, VEÍA CÓMO SE FORMABA UNA TORMENTA!

EL BOTE FUÉ EMPUJADO DE OLA EN OLA MIENTRAS LA TORMENTA COBRABA INTENSIDAD...

LA TEMPESTAD SOPLABA FURIOSAMENTE Y UNA LLUVIA ARRACHADA GOLPEABA A TARZÁN MIENTRAS ÉSTE TRATABA DE MANTENER LA NAVE INTACTA.

SIN EMBARGO, UNA TERRIBLE RÁFAGA QUEBRÓ EL MASTIL, ECHANDO VELA Y PROVISIONES AL AGUA!

ENTONCES, TAN ABRUPTAMENTE COMO HABÍA COMENZADO, LA TORMENTA CESÓ... DEJANDO A TARZÁN AL GARETE, SIN PROVISIONES Y SIN AGUA!

PRONTO LOS TIBURONES EMPEZARON A RODEAR EL BOTE, ESPERANDO QUE EL SOLITARIO PASAJERO CAYERA POR LA BORDA.

1384

PERO ENTONCES, MILAGROSAMENTE APARECIÓ UNA VELA EN EL HORIZONTE.

Dick Van Buren John Celardo

"CAPITÁN AKBAR" DIJO EL TIMONEL, "VEO UN BOTE AL GARETE..." UN CRUEL ÁRABE DE FINOS LABIOS CONTESTÓ SOCARRÓN "Y QUE? SIGUE TU CURSO."



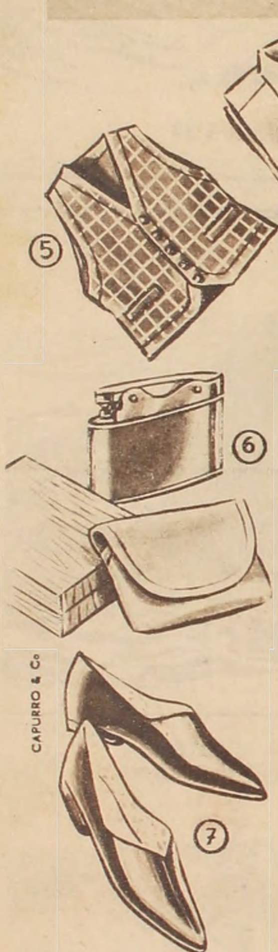


SAN JUAN
SAN PEDRO
SAN PABLO

selección de

Regalos Prácticos

presentados por la Sección Hombres de nuestras 3 casas.



CAPURRO & Cº

1 - Excelente campera imitación gamuza, corte moderno toda forrada en orlón **$ 45.00**

2 - Robe de chambre confeccionado en fino paño de pura lana, colores azul o gris **$ 47.50**

3 - Guantes de gran vestir importados "HUNGAROS" en cueros seleccionados todos forrados **$ 26.00**

4 - Camisa en fino gabardina con interior de abrigo, cuello de vestir, varios colores **$ 27.80**

5 - Chalecos de gran moda en pura lana, colores lisos o fantasía **$ 20.80**

6 - Un regalo práctico. Encendedor importado tipo "ROBSON", cromado, automático **$ 7.80**

7 - Pantuflas en vaqueta con interior abrigado de cordero, colores azul o marrón **$ 13.00**

8 - Pijamas en franela de algodón suave y abrigado, amplia confección, delicados rayados **$ 24.00**

9 - Máquina de afeitar inglesa "GILLETTE", lujoso estuche con 10 hojas **$ 19.80**

10 - Pullovers tejido en lana de alta calidad, de gran vestir. Colores de última moda **$ 25.50**

11 - Camiseta procedencia inglesa "britannia" de lana pesada superior calidad. Talle 36 **$ 45.00**

Calzoncillo haciendo juego. Talle 36 **$ 48.00**

Aumenta por talle $ 2.00

12 - Gran surtido de bufandas y ponchos, tejidos en finas lanas, en diversidad de colores lisos y fantasía de $ 17.50 y **$ 12.50**

13 - Saco en pura lana tejido liso, con cuello y cierre metálico, varios tonos **$ 39.00**

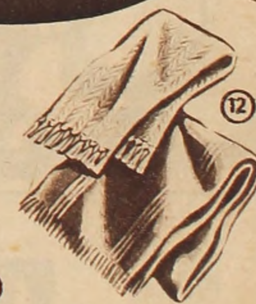
CLIENTES DEL INTERIOR:
Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y Marcelino Sosa.





Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.







Casa Soler presenta por SAETA T.V. Todos los lunes a las 22 y 5 hs. al maestro Osvaldo Cohen con el órgano que canta, y los miércoles a las 20 y 15 hs. los 4 pianos para el tango.

CASA MATRIZ Av. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES - Av. GENERAL FLORES 2341 esq. Marcelino Berthelot. Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUCURSAL CORDON - Av. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11